CAPÍTULO XIII. *De lo que hicieron los indios de las fronteras la primera vez que vieron navíos en su costa y aviso que de ello dieron al emperador Motecuhzuma; y lo que en este caso se resolvió*

UANDO JUAN DE GRIJALVA VINO AL DESCUBRIMIENTO, que Francisco Hernández de Córdova había reconocido por estas costas de la Nueva España, llegó con su armada hasta San Juan de Ulúa (como dejamos dicho) y como era cosa nueva para los moradores de la tierra ver navíos en el mar, porque jamás lo imaginaron, hízoles grande novedad y espanto y dieron noticia de ello a los gobernadores y capitanes que el emperador Motecuhzuma tenía por todas aquellas poblaciones. Con estas nuevas que oyeron se juntaron todos y deliberaron entre sí de ir a dar estas nuevas a su señor Motecuhzuma, que tenía su corte en esta ciudad de Mexico, y por no venir a tiento a alborotar el reino y por traer razón clara del negocio determinaron de ver aquel milagro u prodigio que los espantaba y tenía en pasmo y admiración. Dieron traza de que algunos fuesen a la mar y metidos en canoas llevasen refresco de pan y fruta y otras cosas de regalo, para que si fuesen hombres como ellos les dijesen que iban a vender aquellas cosas si de ellas tenían necesidad; y que si no lo fuesen se informasen de lo que eran aquellos bultos tan grandes y de lo que llevaban dentro. Hízose así, y fueron indios principales y esforzados a este negocio, y metidos en sus canoas y remando fueron hacia los navíos; vieron en uno de ellos el estandarte real que el aire lo tremolaba, y pareciéndoles que en aquél, como en particular, iría el capitán de todos los otros, encaminaron a él y llegaron abordo. Los que iban dentro, como los vieron ir, pusiéronse a ver qué hacían; pero los indios, que ya habían llegado, les hicieron una muy profunda reverencia y por señas les dieron a entender que venían de paz a venderles cosas de comer y de vestir; los del navío también por señas les preguntaron que de dónde eran y cómo venían allí. Ellos respondieron que eran mexicanos. Volviéronles a decir los nuestros, pues si sois mexicanos decidnos ¿cómo se llama el señor de Mexico? Respondieron que se llamaba Motecuhzuma; con esto los subieron al navío, en el cual entraron sin ningún recelo y mostraron ropa rica de algodón y algunas cosas de vitualla, de que se alegraron los nuestros y rescatáronselas por cuentas azules, verdes y de otros colores, porque les parecieron a los indios muy finas y que en valor excedían a la cuantidad del precio que valía la ropa que llevaron; y habiendo hecho el rescate y pasádose mucha parte del día, se despidieron los indios, a los cuales dijo el capitán del navío: id en buena hora y llevad esas piedras a vuestro señor Motecuhzuma y decidle que no podemos ahora verle porque nos volvemos a nuestra tierra; pero que vendremos otra vez y llegaremos a verle a su ciudad de Mexico. Con esto se partieron los indios en sus canoas y llegaron a tierra donde luego pin-

taron los navíos y jarcia como mejor supieron, las personas que vieron, el traje, los rostros, las barbas y otras particularidades que les parecieron nuevas y nunca vistas. Pusiéronse todos en camino para Mexico y caminando a grandísima priesa, de noche y de día sin descansar, llegaron muy en breve a esta ciudad, y fueron a palacio sin decir a nadie el mensaje con que venían (porque era costumbre entre ellos que las embajadas no se manifestasen ni dijesen hasta que el rey las oyese y se enterase de ellas); dijeron a los porteros que diesen aviso a Motecuhzuma de su venida y como era con priesa, fue avisado el rey por la gente de cámara de cómo los gobernadores y mayordomos de las costas de la Mar del Norte estaban allí, que venían con mucha priesa a verle; alborotóse y sobresaltóse el rey porque pensó que el caso había de ser muy importante; pues la gente de guarda que él tenía en aquella tierra venía sin su licencia a verle (y no fue este sobresalto que recibió sin causa, porque la tenía muy grande de creer cualquier desgracia por las cosas prodigiosas que había visto, que le pronosticaban ruinas y adversidades y con esto andaba sospechoso de acaecimientos grandes que se esperaban). Volvió a replicar a los criados: ¿qué, es verdad que han venido los capitanes de la costa todos juntos? Respondiéronle otra vez, diciendo: señor nuestro, allí fuera están, mándelos vuestra majestad entrar y verlos ha. Dijo Motecuhzuma, decidles que entren, verlos hemos. En entrando dentro en la sala donde estaba, luego se postraron en tierra y la besaron y levantándose saludaron al rey y le dijeron: señor nuestro, dignos somos de muerte por haber venido sin vuestra licencia a vuestra real presencia; pero el negocio es tan arduo y grave que lo sufre. Es el caso que todos juntos los que aquí venimos hemos visto dioses que han llegado a aquella costa en grandes casas de agua (que así llaman a los navíos) y los hemos hablado y conversado y hemos comido con ellos y les dimos mantas ricas, y ellos nos dieron en retorno estas piedras preciosas que aquí traemos. Luego le presentaron las cuentas y abalorios que traían y dijeron, estas piedras nos dieron y dijeron: id a la corte y dadlas a vuestro señor Motecuhzuma y decidle que nos volvemos a nuestra tierra y que otra vez volveremos y le veremos. No respondió el emperador a esto nada (que solo lo estaba sintiendo en su pecho); pero dijo a los capitanes, cansados vendréis de tan largos y acelerados caminos, id a descansar y no digáis a nadie esta embajada que quiero secreto en ella; porque el pueblo fácil y bullicioso no se altere y a su tiempo os llamaré y avisaré de lo que conviniere. Saliéronse los capitanes y diéronles salas donde estuviesen (como antiguamente lo acostumbraban).

Motecuhzuma quedóse solo y pensativo y aun bien sospechoso de mucha novedad en sus reinos, porque era de muy buen entendimiento y consideraba los prodigios pasados y traía a la memoria lo que su adivino le había dicho; por lo cual le echó la casa encima y lo mató y acordábase de lo que su hermana Papan le había dicho años antes y lo que Nezahualpilli también le había dicho y pensaba que no eran acaso estas cosas sino que venían amenazando algún gran mal o trueque de gobierno. Y como los negocios graves quieren comunicación y consejo, hizo luego llamar a todos

los que lo eran de él, que fueron el rey Cacama de Tetzcuco, su sobrino, al cual envió a llamar por la posta y a Cuitlahuatzin, su hermano, señor del pueblo de Itztapalapan y a Icihuacohuatl, Tlilpotonqui, Tlacochcalcatl, Quapiatzin, Tizoc, Yaocatl, Quetzalaztatzin, Huitznahuacatl, Tlaylotlac y Ecatempatiltzin, que eran de su consejo ordinario, a los cuales manifestó lo que pasaba, y habiendo dado y tomado en pareceres y adivinanzas de lo que podía ser, concluyeron su consejo con persuadirse y creer que sería Quetzalcohuatl a quien en un tiempo adoraron por dios, de quien también pensaban que había de venir a reinar otra vez en estas tierras, por haberlo dicho él mucho antes, cuando pasó de aquí a las provincias de Tlapala y se les había desaparecido en la costa de la mar, e ido hacia aquellas partes orientales, y como por esta causa le esperaban, entendieron ser él el que había llegado.

Con esta persuasión que tuvieron, determinaron que se nombrasen personas que fuesen a recibirle, y en el ínterin que iban se les mandó a los capitanes y gobernadores de las costas que pusiesen gran cuidado y vigilancia en atalayar y descubrir lo que por el mar viniese, en especial en los lugares de Nauhtla, Toztla, Mictla y Quauhtla, para que de aquellas partes por ser más cómodas se viese mejor y más presto y se trajese razón más cierta de lo que pasaba. Con este recaudo fueron despachados estos gobernadores y capitanes. Fueron nombrados cinco señores para que llevasen un presente que el emperador enviaba a Quetzalcohuatl, los cuales fueron Yohualychan, y éste fue por mayor, Tepuztecal, que era casi igual al primero, Tizahua y Huehuetecatl y el quinto y último se llamaba Hueycamecatleca y mandóseles que con la mayor brevedad posible fuesen a la mar y hablasen de parte de Motecuhzuma y su senado a Quetzalcohuatl su señor y le ofreciesen el reino y un gran presente que les fue dado, para que le llevasen. Éste es el que dicen Gómara y Antonio de Herrera,[1] confusamente, que trajeron a Fernando Cortés cuando saltó en tierra por parte de los gobernadores de Motecuhzuma y esto dicen por estas palabras; el cual presente se dijo que había enviado a Juan de Grijalva cuando llegó en aquellas partes, sino que por mucha priesa que se dieron los que le llevaban hallaron que era ido. Y fue así, pero no sé cómo los que pusieron en estilo aquella relación de que se aprovechó Herrera se dejaron esto, como en este capítulo lo dejo referido y otras muchas cosas que en lo que se sigue se dirán; porque aquéllas y éstas son corresponsivas y quien dio razón de lo uno pudo darlo de lo otro; aunque pienso estuvo el yerro en no hacer estas inquisiciones e informaciones más que con los españoles que entonces vinieron y no las averiguaron con los indios, que también les toca mucha parte de ellas y aun el todo, pues fueron el blanco donde todas las cosas de la conquista se asestaron y son los que muy bien las supieron y las pusieron en historia a los principios por sus figuras y caracteres, y después que supieron escribir algunos curiosos de ellos las escribieron, las cuales tengo en mi poder, y tengo tanta envidia al lenguaje y estilo con que están

[1] Decad. 2, lib. 5, cap. 5.

escritas que me holgaré saberlas traducir en castellano, con la elegancia y gracia que en su lengua mexicana se dicen; y por ser historia pura y verdadera la sigo en todo; y si a los que las leyeren parecieren novedades digo, que no lo son sino la pura verdad sucedida; pero que no se ha escrito hasta ahora porque los pocos que han escrito los sucesos de las Indias no las supieron ni hubo quien se las dijese; ni tampoco yo las escribiera si no las hallara averiguadas de el padre fray Bernardino de Sahagún, religioso santo y grave que fue de los segundos que entraron en la conversión de esta Nueva España; y de los primeros, el primero investigador de las cosas más secretas de la tierra; y supo todos los secretos de ella y se ocupó más de sesenta años en escribir lengua mexicana y todo lo que pudo alcanzar en ella.

CAPÍTULO XIV. *De cómo aparecieron los navíos de Fernando Cortés en la mar y aviso que Motecuhzuma tuvo de ello, y lo que proveyó para más certificarse de el suceso; y creyendo que era el dios Quetzalcohuatl lo envió a saludar*

UBO ENTRE LOS GENTILES DE EL ORIENTE una profecía dicha por Balaam y referida en el *Libro de los números,*[1] en orden a la venida de el hijo de Dios en carne humana; la cual declaró el profeta gentil con estas palabras: nacerá una estrella de Jacob y levantarse ha una vara de Israel y consumirá y matará los capitanes de Moab. Y San Juan Chrisóstomo,[2] sobre este lugar, refiere el dicho de algunos que dijeron que como aquellas gentes tuviesen creído el nacimiento de esta estrella, que pusieron doce atalayas, que en ciertos tiempos de el año subían a un monte alto, llamado Victorial, y estaban tres días orando a Dios y pidiéndole les manifestase la estrella que había dicho Balaam y que la vieron y entonces vinieron los reyes a la adoración de el Niño Dios recién nacido y le adoraron. No sé si envidioso de esta profecía el demonio y deseoso de tener otro pueblo en continua vela y vigilancia ordenó entre los indios de esta Nueva España este embeleco, para cuya inteligencia hemos de advertir que en tiempos pasados hubo un hombre en tierra de Tula que se llamó Quetzalcohuatl (como dejamos dicho en otro lugar), gran mágico y nigromántico, al cual adoraron después por Dios y fue tenido por rey de aquella tierra. Éste fue vencido de otro hechicero mayor y más poderoso que él (que debió de ser como otro Zoroastes en Babilonia) y le despojó de el reino. Fuese huyendo a la ciudad de Cholulla y allí le siguió y corrió; y dejando el reino fue hacia la mar, fingiendo que el dios Sol le llamaba a la otra parte de el mar por la banda de el oriente; pero prometió de volver después con

[1] Núm. 24.
[2] Homil. 2, in Math. in opere imperf.